

JAVIER HOLGADO Y SUSANA LÓPEZ RUBIO

EL ASESINO DE LOS CAMELOS DE VIOLETA



UN CASO DE
**LUCIO
GARZA**

JAVIER HOLGADO Y SUSANA LÓPEZ RUBIO

EL ASESINO
DE LOS CARAMELOS DE VIOLETA

UN CASO DE LUCIO GARZA



© Javier Holgado, 2024
© Susana López Rubio, 2024
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 469-2024
ISBN: 978-84-670-7168-9

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Rodesa, S. A.
Impreso en España / *Printed in Spain*



1

UNA SOMBRA ENTRE LOS LIBROS

El tiempo cálido había conseguido sobrevivir hasta principios de octubre, pero esa noche, un viento helado comenzó a recorrer las calles de la capital, anunciando que los tres meses de frío glacial por los que pasaba Madrid todos los años no andaban lejos.

Eva, una mujer en la treintena, morena y algo entrada en carnes, había previsto el cambio de tiempo, por lo que, a última hora, antes de salir de casa, se había pertrechado con el abrigo de paño *beige* que llevaba hibernando en el armario de su dormitorio desde el año anterior.

Como cada noche, encaminó sus pasos por las amplias calles flanqueadas por casas de diez o más pisos. Las construcciones eran modernas y tenían un aire elegante. La zona que empezaba a conocerse como Costa Fleming casi al final de la Castellana, había sido levantada hacía poco tiempo, en los años cincuenta, con la intención de albergar a los militares norteamericanos destinados en la base de Torrejón de Ardoz. Los marines ya se habían marchado hacía tiempo. Atrás dejaron muchos espacios en los que establecer oficinas y estudios. Y también un lucrativo negocio que se había asentado en torno a ellos, y con el que Eva se ganaba la vida.

Porque a lo que la mujer se dedicaba era a «hacer señores», como decía no solamente ella, sino también su madre y su abuela, quienes habían tenido el mismo oficio. Pudiendo considerarse una tradición o un negocio familiar, nunca había conocido otra vida, ni se había planteado si le hubiera gustado hacer otras cosas para sobrevivir. Puede que no fuera respetable, pero eso no le importaba. No necesitaba casarse para que un marido le dijera qué tenía que hacer con las dos cosas que más valoraba en la vida: el dinero y la libertad para gastarlo.

Con fastidio, comprobó que estaba comenzando a chispear. La lluvia era mala para el negocio. La gente se quedaría en casa, y ella, esperando. Porque en eso consistía básicamente su trabajo, en esperar. Lo otro, por lo que le pagaban, en muchas ocasiones era

un mero trámite, que casi siempre se cumplía en cuestión de minutos, a veces de segundos, si el cliente era inexperto.

Nunca había trabajado a la intemperie, la calle era un medio extraño para ella. Siempre lo había hecho en casas, donde el único paseo que tenían que hacer, tanto Eva como sus compañeras, era el pequeño desfile con el que se exhibían en el salón ante las miradas de los clientes. Era la «señora» quien los recibía y quien cobraba el dinero cuando se marchaban.

Eva llevaba unos cuatro años en la casa de Costa Fleming. Una placa en la puerta la identificaba como una casa de modas, pero el percal que se vendía dentro era de una naturaleza muy distinta y mucho más primaria. Puede que no hubiera hecho falta tanto disimulo, ya que, desde que el barrio había sido coto de caza de los marines, las autoridades españolas hacían la vista gorda para no tener problemas con las norteamericanas. Pero la señora era muy cabezona, y se negaba a abonar los pagos ocasionales con los que se hubiera asegurado evitar las visitas policiales que se hacían de vez en cuando, más por cubrir el expediente que por otra cosa. Por otro lado, la portera no molestaba con preguntas inoportunas y las chicas entraban y salían sin llamar la atención. La situación privilegiada, moderna y algo apartada de la casa de citas provocaba que la clientela fuese muy exclusiva: los cabezas de familia de los apellidos más ilustres de Madrid podían visitar el establecimiento sin tener que alejarse demasiado de sus hogares, de las sucursales bancarias que dirigían o de los negocios que regentaban. El aura de respetabilidad de los asiduos parecía de alguna manera impregnar a todas las chicas, ya que iban siempre vestidas muy discretamente. Esta era la única norma que les imponía la señora, quien, por otro lado, las trataba con educación, con respeto y, lo que es más importante, nunca las engañaba con las cuentas.

Eva entró en el portal, saludó con un movimiento de cabeza a la portera, que hojeaba el *Lecturas* en su cubículo, y se dirigió al ascensor. Cuando este llegó a la planta baja, la puerta se abrió y Eva se dio de bruces con una de sus compañeras, Loren.

—¿Te vas ya? —le preguntó Eva.

—Nos vamos todas... Se ha reventado una de las cañerías, y el piso parece un pantano. Está como para que el Caudillo venga a

inaugurarlo —contestó Loren. La mujer, recién llegada de Albacete a la capital, era joven y de curvas pronunciadas. Su nombre real era Toñi, aunque por sus volúmenes, insistía en que la apodaran como la diva italiana, de quien se creía su doble. El parecido podría colar en una habitación poco iluminada o con un cliente que padeciera cataratas, pero nadie quiso sacar de su error a la chica. La vida ya se encargaría de desengañarla, que de palos y sinsabores no iba a andar escasa.

—Pues vaya gaita —dijo Eva, dándose media vuelta.

—Espera, que voy contigo. Si quieres cogemos el 27 juntas, que yo todavía no me aclaro con las líneas —aseguró Loren, siguiéndola.

* * *

Cogieron el autobús, que llegó con retraso. No había mucha gente, así que pudieron sentarse juntas.

—Yo lo que querría ser es actriz —reflexionó Loren.

—¿Y en qué te crees que consiste nuestro trabajo?

—Hija, no creo que sea lo mismo...

—Pues lo es. La cuestión es fingir, hacer un papel, igual que las estrellas del cine —le contestó Eva—. A estas alturas de la vida yo ya he sido novia virginal, esclava en un harén oriental, diva de Hollywood... y hasta una legumbre.

Ante la cara de desconcierto de Loren, comenzó a detallar su repertorio.

—Todos esos papeles los he hecho para los señores que vienen a la casa. Un cliente de Badalona me pidió que me pusiera el traje con el que se había casado con su señora. Otra vez, un jeque de Oriente Medio que estaba de viaje por España nos juntó a unas cuantas, en el *hall* de su hotel, como si fuéramos su harén particular. Hasta nos hizo bailar con velos y todo. Y un director de cine americano muy importante vino en unas cuantas ocasiones a la casa de citas y repitió varias veces conmigo.

—¿De verdad?

—Como te lo cuento. Hace años estuvo casado con Rita Hayworth, la de *Gilda*, la del guante y el tortazo. Así que fíjate, por unos días me sentí al mismo nivel que ella. Me gusta pensar que la

dejaba por unas horas para venirse conmigo, aunque creo que para cuando le conocí, ya llevaban bastantes años divorciados —dijo Eva, ilusionada por el recuerdo.

—¿Y lo de la legumbre?

—Eso fue por un pintor, muy famoso también, ese que pinta sueños y cosas raras. Me pagaba para que me metiera en una bañera llena de agua, rodeada de alubias blancas. Quería ver quién se arrugaba antes, si yo o las pochás —contestó Eva, divertida ante la cara de estupefacción de su compañera.

—Hija, ni Conchita Velasco ha tenido tantos papeles —dijo Loren, no del todo convencida.

—¿Es que no me crees?

Eva rebuscó en su bolso, hasta que encontró lo que buscaba. Un silbato.

—Mira, ¿ves? Esto me lo dio otro que me pedía que me disfraza de agente policía, de las de tráfico, y que pitara como si estuviera dirigiendo la circulación.

Loren cogió el silbato.

—¡Una mujer policía! Eso sí que es tener imaginación —dijo.

En ese momento, el autobús se detuvo en Atocha, el destino de ambas. Bajaron del vehículo y constataron que las temperaturas habían bajado.

—Ya estamos —dijo Loren, una vez fuera las dos—. Yo tiro para abajo, hacia Lavapiés. ¿Y tú?

—Yo subo por la cuesta de Moyano, voy para el barrio de Salamanca.

—¿Vives allí? —Eva asintió—. Chica, qué nivel.

—Ya ves... Tuve un golpe de suerte. Un cliente asiduo que se murió el pobre, y para sorpresa de todos, sobre todo de sus hermanas, que se pensaban que no había roto nunca un plato, me dejó la casa en la que vivía. Es chiquita, no te creas, pero yo me apaño —dijo Eva.

—Con clientes como esos, igual me pienso lo de ser actriz —dijo Loren con una sonrisa antes de despedirse.

Eva la miró marchar, pensativa.

—¡Loren! ¡Espera! —Esta detuvo sus pasos y Eva la alcanzó—. Igual voy contigo.

—¿Por aquí? Menuda vuelta vas a dar... No te compensa.

De repente, Loren se fijó en que la expresión de Eva había cambiado. La seguridad en sí misma que había demostrado durante toda la noche había desaparecido.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, sí..., es solo que... —Eva titubeó.

Quiso decirle que, desde hacía algún tiempo, creía que alguien la estaba vigilando, que acechaba todos sus pasos. Al principio, pensaba que podía tratarse de algún policía, aunque de ser así, el agente ya debería haberse identificado, puesto que ninguna vigilancia se prolongaría tanto. No tenía pruebas, solo la sensación de que había un par de ojos que la sometían a un escrutinio incesante. Le había contado sus miedos al sereno de su calle, y este se mantuvo alerta durante varias noches, para terminar por asegurarle que no tenía nada de qué estar asustada. Nadie la seguía ni había visto nada raro o sospechoso. Recordando las palabras del hombre, Eva decidió no meterle un miedo innecesario a Loren o que esta llegara a pensar que le faltaba un tornillo.

—Me apetecía dar una vuelta por el centro, pero es tarde, olvídalo —dijo finalmente.

Las dos mujeres se separaron nuevamente. Eva comenzó a subir por la cuesta de Moyano, apenas iluminada con la luz de las farolas. Se tranquilizó pensando que habían salido solas del metro, que era imposible que nadie las hubiera seguido. Las casetas de madera de los libreros, cerradas a esas horas, tenían un aspecto algo inquietante. Durante el día, coleccionistas de libros a la caza de ejemplares antiguos se agolpaban en los puestos con la intención de encontrar rarezas editoriales, libros descatalogados o hallazgos literarios que algún bibliófilo impenitente había estado atesorando durante toda su vida y que, ahora, sus despreocupados herederos habían vendido al peso por dos perras al primer librero que encontraron.

Aquel era el camino habitual de Eva, para regocijo de los libreros de los puestos, quienes no podían evitar admirar su figura al verla pasar y que, en más de una ocasión, le habían regalado algún libro como medio de entablar conversación con ella. Eva agradecía los regalos amablemente, aunque al llegar a casa, dejaba la novela sin abrir en uno de los aparadores de su salón. La verdad es que nunca había leído un libro, solo las revistas de moda y de cine que había

en el piso de Costa Fleming. Y, por supuesto, *El Caso*, el periódico de sucesos más importante de la época. Siempre que caía en sus manos, Eva absorbía con avidez las noticias de las muertes más truculentas, los asesinatos más ingeniosos y rocambolescos, los crímenes más crueles... «El misterio de la mano cortada», «Crimen en el cortijo» o «El sastre homicida y su esposa» eran algunos de los titulares en los que se perdía durante las horas de espera entre cliente y cliente.

De repente, le pareció escuchar un ruido. Parecían unas pisadas. Eva se detuvo. Aguzó el oído, pero no oyó nada. Apresuró el paso y siguió subiendo, notando que le faltaba la respiración, por el esfuerzo que estaba haciendo y por algo más.

El miedo.

Y otra vez, unos pasos. Esta vez más rápidos, al mismo ritmo que los de ella. Los fantasmas de las *mesdames* Bovary, los Quijotes o los doctores Jekyll y Mr. Hyde que dormían en los libros no eran las únicas presencias que había allí esa noche en las casetas. Una mucho más corpórea y siniestra parecía estar acechando a Eva.

Asustada, se decidió a decir algo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, pensando que, probablemente, muchas de las víctimas que protagonizaban los titulares de *El Caso* habían dicho esas mismas palabras sin que les sirvieran de nada.

Como era de esperar, nadie contestó. Eva volvió a mirar hacia las casetas de madera, y fue en ese momento cuando le pareció ver a alguien. Asustada, tuvo una idea. Rebuscó en su bolso y sacó algo. El silbato que le había regalado el cliente obsesionado con los guardias de tráfico. Sin perder más tiempo, se lo llevó a la boca y sopló. Los estridentes pitidos quebraron el silencio de la calle.

—¡No hace falta que hagas eso! —dijo una voz grave y susurrante—. No quiero hacerte daño, tranquila.

Eva alejó el silbato de sus labios. La silueta que estaba al otro lado de las casetas, entre las sombras, se movió. Eva seguía sin poder verla con claridad.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Yo... te he estado siguiendo desde que saliste con tu amiga de la casa de modas. Sé lo que hacéis allí...

—¿Y qué?

La voz calló unos segundos antes de responder.

—Que me gustaría llegar a un trato contigo...

—Mira, eso lo arreglas con doña Berta, nunca trabajó fuera de su casa.

—Pero es que no quiero que me vean por allí. Además... no creo que me admitiera.

La curiosidad venció tímidamente el miedo que Eva sentía, y empezó a bajar poco a poco sus defensas.

—¿Por? ¿Qué... qué problema tienes?

La sombra se alejó un par de pasos de la sombra que formaban las casetas a su lado y se situó bajo la luz de una farola. Fue entonces cuando Eva lo entendió todo. Esbozó una sonrisa. Esperaba encontrar cualquier cosa menos eso.

—Ya veo —dijo—. La verdad es que... nunca he hecho algo así antes...

—Si es por dinero, no hay problema, tengo mucho, te pagaré lo que me pidas. Mira.

La figura rebuscó en los bolsillos de su abrigo y sacó un fajo de billetes, sujetos con una goma. Eva no pudo evitar un respingo al verlos, en su vida había visto una cantidad tan grande.

—Está bien —contestó.

—Ven, tengo el coche aquí mismo —dijo la figura. Sin esperar ninguna respuesta, comenzó a bajar por la cuesta. Eva la siguió, hasta desembocar en el paseo del Prado. Su acompañante señaló una furgoneta Citroën aparcada muy cerca—. Mira, es ahí.

La silueta se acercó al vehículo. Eva fue tras ella.

—Oye, ¿te importa ir detrás? Es más discreto, en el garaje de mi casa siempre hay gente, y no quiero que nos vea nadie.

—¿Vives muy lejos?

—Qué va, en el barrio Salamanca.

—Ah, entonces como yo. De hecho, tu cara no me es desconocida del todo...

La figura abrió las puertas traseras del vehículo.

—Aquí irás bien cómoda.

Eva se acercó a mirar... y fue en ese momento cuando notó cómo un pañuelo, empapado en una sustancia con un olor muy fuerte, le cubría la cara, presionándole con fuerza la nariz y la boca. Intentó resistirse, pero no pudo. Poco a poco, fue perdiendo la consciencia.

Apenas le dio tiempo a pensar que iba a añadir otro papel a su larga lista de interpretaciones: el de víctima, igual que las que protagonizaban los escabrosos y sangrientos titulares del periódico de sucesos con el que se entretenía durante sus horas muertas.